

PRESENTACIÓN

Manuel Núñez Rodríguez
U. de Santiago de Compostela

Pilar Cagiao Vila
U. de Santiago de Compostela

Víctor Mínguez Cornelles
U. Jaume I. Castellón

La presencia de España en América, título que ha dado lugar al presente volumen de *SEMATA. Ciencias Sociais e Humanidades*, ha sido tan intensa desde el punto de vista histórico que ha dado lugar a una extraordinaria multiplicidad de enfoques y ópticas de abordaje de las que aquí se ofrecen solo una pequeña muestra, que no por ello deja de ser significativa de lo dicho con anterioridad. En el conjunto de contribuciones destacan por su número las relacionadas con la historia del arte, cuya variedad permite construir el proceso de identidades y sistemas ideológicos del choque mental entre lo autóctono (que pasaría a construir el universo colonial) y lo foráneo (desde la llegada de los primeros europeos endeudados con los libros de caballería, hasta la época virreinal). A través de ellos se observará el peso y la importancia del mundo de los sentimientos, como también la trascendencia de las creencias religiosas, aunque bien es verdad que tras el Concilio de Trento se produce un cierto distanciamiento entre lo indígena y lo católico. Tales aspectos poseen gran significación en relación con el arte y se orientan hacia obras de valor estable, tanto en lo referente al mundo de las creencias como del poder; ni que decir tiene que la obra artística no cabe evaluarla (solo) como el referente de una individualidad, sino en interrelación con un mundo de valores e intereses de aquel medio sociocultural, abordando hipótesis, interpretaciones o sugerencias.

En consecuencia, la rigurosa colaboración de estos autores contribuye a hacer más patente el significado/mensaje contenido en las múltiples formas artísticas surgidas del encuentro entre dos mundos, con sus luces y sus sombras. Nos acercan pues a los aportes

culturales de los antiguos territorios ultramarinos desde el momento de la irrupción europea. Así, el estudio de Juan M. Monterroso Montero (U. de Santiago de Compostela) explica el contenido de la historia de la conquista de América a partir de la *Historia general de los hechos castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* de Antonio Herrera y Tordesillas, sin dejar de considerar las nueve portadas donde quedan reflejadas las ciudades y batallas que constituyen el apartado del trabajo. Por su parte, el análisis de Manuel Núñez Rodríguez (U. de Santiago de Compostela) sobre el *Lienzo de Tlaxcala*, además de demostrar hasta qué punto se llevó a cabo la participación de esta ciudad-estado en la conquista de México junto a Hernán Cortés, valora el comienzo de las imágenes-historia donde el mestizaje cultural es recurrente con la incorporación de una práctica prehispánica que pasará a constituir una temática indígena adaptada a la sensibilidad del conquistador.

En el ámbito de las creencias están aquellos valores que dan testimonio del culto a la imagen, de manera especial a la Virgen, a quien, en principio, el indígena no duda en atribuir cualidades de la diosa lunar y telúrica. M^a de los Ángeles Fernández Valle (U. Pablo de Olavide) fija su interés en las imágenes votivas invocadas en los viajes a través del océano. Y es que el santoral siempre ha desempeñado un cometido valioso en las prácticas de una sociedad como referente “perfecto y aleccionador”, como emblema de la Fe y símbolo de la Esperanza. En este sentido Fernando Quiles García (U. Pablo de Olavide) muestra la veneración del nuevo santoral americano. Otra alternativa es la que propone Escardiel González Estévez (U. de Sevilla) a propósito del culto de los Siete Arcángeles, tema que todavía se advierte en el siglo XIX en el alfarje de San Miguel Tabaquillo (concluido el 20 de septiembre de 1880), donde además aparece la imagen de la Virgen de Guadalupe. Si en la tradición apocalíptica judía los arcángeles los rabinos computan seis o siete, los teólogos, que cuentan siete, los dividen con un reparto de funciones. Lista que se complementa en el Medioevo con dos más, y a menudo portadores de símbolos pasionarios, al igual que en los aljarfes de época colonial; tal es el caso del correspondiente a Santiago Tupátaro, en el Virreinato de Nueva España. El autor del texto sobre la Dormición de la Virgen, Jorge Moreno Egas (PUCE), propone lo que en origen se denominaba el Tránsito de María, tema que confirma el llamado sueño de la muerte, y que prevaleció muy pronto en el arte cristiano, en ocasiones con una errónea puesta en escena.

Por su parte, desde la perspectiva del largo debate sobre los sermones como método de adoctrinamiento junto a los santos como intercesores a la hora de la muerte, también se resaltan los sufrimientos del alma mediante temas iconográficos que conceptualizan el triunfo de la muerte. Imagen valorativa, con orígenes en el otoño del gótico, cuando se manifestaba el retorno del Apocalipsis, el cataclismo final. Hasta tal punto esto es así, que, las representaciones señalan nexos con el discurso cristiano de lo inevitable y, ante el terror de las pestes o la propia resistencia a la evangelización (resultado del seguimiento indígena al anualismo y tratados de demonología), se produce el castigo divino, momento en que las almas yacen en el infierno. En este sentido, a través del análisis de Víctor

Mínguez (U. Jaime I) se desarrolla esta representación artística, de gran percusión en el mundo jesuítico. Otro testimonio, valioso asimismo, destinado a suscitar emociones, son los Cristos de Padilla Alfaro, verdaderas imágenes de la crueldad, tortura y terror que “durante el tremendismo de la conquista había oprimido a Michoacán”, según palabras de Manuel González Galván.

En plena ebullición de los planteamientos derivados del Concilio de Trento, y cuando cobra particular resistencia lo indígena ante lo católico, Linda Báez Rubí (UNAM) examina el cometido de la imagen en el virreinato novohispano; por aquel entonces acababa de fundarse, en 1541, la ciudad capital del estado de Michoacán por orden del virrey Mendoza: Morelia (cuyo nombre para los indígenas era Guayangareo). Es evidente la atracción que despierta para los frailes establecer la diferencia de lo indígena ante lo católico; en este sentido a ellos corresponderá la fundación de los conventos de San Francisco, San Agustín... hasta el santuario de Guadalupe en tiempos del marqués de Cruillas. De manera que los preceptos de Trento (1545-1563) instauraron el culto a los santos, pero también es verdad que se produjo un problema no fácil de resolver entre lo cristiano y las culturas indígenas. Labor misional que correspondió a los frailes al contribuir a lo que A. Megged denominó “la construcción de un distinto discurso católico indígena”, puesto que el nativo no escapaba completamente a los datos culturales y religiosos de sus orígenes. Apuntemos aquí otro aspecto a observar: siempre se ha dicho que la presencia de quienes llegaron a las Indias procedentes de Castilla, Extremadura y León tenían como objetivo el viejo concepto de las cruzadas; de aquí la gran dificultad para cristianizar al indio. Bien es cierto que el análisis es mucho más infinito y complejo si se considera, por añadidura, la acción militar, de prelación y abuso del indio por parte de quienes en un primer momento estaban tan endeudados –como quedó apuntado– con las esencias de los libros de caballería.

Al conjugar la Antigüedad Clásica, el repertorio de lo que fueron en origen arcos de entrada triunfal también alcanza gran difusión. Eran verdaderas máquinas de arquitectura efímera, que desde tiempos filipinos dan buena cuenta del poder universal de la Monarquía de los Austrias. Su propósito era una celebración y, a menudo, quedaba reforzado con referencias históricas y escenas alegóricas de la Corona española. A este capítulo nos acerca Juan Chiva Beltrán (U. Jaime I). Asimismo habría que considerar otro referente que cobra entidad en la jerarquía político-religiosa, como es el túmulo; en origen el correspondiente a Carlos V, levantado en San Benito de Valladolid, ya cobraba un puesto particular en los límites de la reflexión sobre la muerte (inmortalidad espiritual); por otra parte, la utilización de telas seculares, como eran sus victorias, constituían una cronografía en el sentido profano de la inmortalidad social. Sus hazañas o empresas, como en el túmulo de Felipe II, eran una forma de no poner en duda su defensa de la fe. A esta idea de un príncipe cristiano se añadían en esta arquitectura efímera las virtudes y esqueletos coronados (túmulo de Felipe III en Zaragoza), como forma de patentizar el triunfo ante la muerte. Ahora bien, no está de más decir que helecho artístico –el túmulo– participa de una realidad en la que se hallan presentes los funerales, la oración fúnebre, pero también

una teatralización de dicho ritual. Pablo González Tornel (U. Jaume I) presenta en su trabajo un estudio sobre los catafalcos por la muerte de Felipe IV.

El bloque dedicado a la historia del arte de los dos primeros siglos coloniales se cierra con el trabajo de Jorge Fernández-Santos Ortiz-Iribas (U. Jaume I) quien, glosando en su título al maestro Chueca Goitia, acomete un agudo análisis sobre la problematización del barroco que, como es sabido, alcanza algunas de sus más altas expresiones en el mundo americano.

El texto de Ricardo Kusunoki Rodríguez (Museo de Arte de Lima) aborda las modificaciones urbanísticas acometidas en la Lima ilustrada –que dejan bien atrás la muestra cartográfica del plano de la ciudad de Juan Ramón Connick (1682)– y que extiende hasta los propios prolegómenos de la independencia. Este momento histórico de transición hacia nuevos modelos políticos es abordado por Inmaculada Rodríguez Moya (U. Jaume I) a través de un análisis acerca de los símbolos de la monarquía hispana desde el siglo XVI hasta el reinado de Fernando VII, para reforzar, según sus propias palabras “el discurso de la fidelidad y de la unión entre todos los territorios hispanos”, en tan crítica circunstancia.

Abandonando por un momento la perspectiva artística que domina cuantitativamente en este volumen misceláneo de *SEMATA*, la contribución de Xosé Ramón Barreiro Fernández (U. de Santiago de Compostela), acomete precisamente la ruptura política entre el Virreinato del Río de la Plata y la metrópoli en su momento más temprano. Y lo hace partiendo del papel que la colectividad gallega del último momento colonial tuvo en los movimientos revolucionarios de Buenos Aires que condujeron a la definitiva independencia. La emancipación de los territorios continentales cristalizó en nuevas realidades políticas de las que emergieron los actuales países latinoamericanos en los que a fines del siglo XIX se habían desarrollado nuevas mentalidades y estilos de vida. Así, el estudio sobre Genaro Pérez, retratista “hispanico” de Córdoba de la Nueva Andalucía (Argentina), realizado por Marcelo Nusenovich (U. Nacional de Córdoba), analiza, de nuevo desde el punto de vista artístico, algunos de estos aspectos. Otra mirada es la que ofrece Alba H. González Reyes (U. Veracruzana) cuando aborda la relación entre las artes gráficas y la medicina a partir de la interdependencia entre México y Europa.

Pero resulta de sobra conocido que mientras que los territorios continentales rompían su relación con la metrópoli, algunos enclaves en el Caribe continuaron aún por largo tiempo atados a la relación colonial. Este fue por ejemplo el caso de Cuba en el que en el último cuarto del siglo XIX y amparada por la Ley de Asociaciones que regía dentro de este sistema, la población negra y mulata libre de Cuba se nucleó en agrupaciones de diferentes modalidades dentro de las cuales destacaron los llamados, y desconocidos por la historiografía, Casinos Españoles “de color”, una cuestión peculiar que desarrolla la historiadora cubana María del Carmen Barcia (U. de la Habana). Ya en el siglo XX, toda vez que los vínculos coloniales quedaron rotos definitivamente tras la separación definitiva de Cuba y Puerto Rico, las celebraciones de los primeros Centenarios de las independencias americanas, vinieron a representar una nueva oportunidad para la eventual reconciliación entre la ex metrópoli y las que fueran su colonias a través de los lazos

culturales. Surgen así, tanto en América como en España, diversas iniciativas como la que aquí destacan Pilar Cagiao Vila (U. de Santiago de Compostela) y Rosario Márquez Macías (U. de Huelva). Reconciliación que no siempre estuvo exenta de conflictos como demuestra Ángel Justo Estebaranz (U. de Sevilla) al analizar el monumento a Sucre en Quito erigido en el último cuarto del siglo XIX y discutido en el momento del Centenario.

Otro momento estelar en la presencia cultural de España en América tendría lugar con posterioridad a la Guerra Civil que tuvo como consecuencia el exilio de todos aquellos que no podían, o no querían, vivir bajo la nueva situación. México fue por excelencia el país que mayor cantidad de exiliados recibió entre los americanos. Los españoles que llegaron a él supusieron una contribución de primer nivel desde el punto de vista cultural. Sobre esta y otras cuestiones, ya trabajadas por otros autores con anterioridad, versa la contribución de María Novoa Portela (UAM-Azcapotzalco) en la que se resume una breve historia del exilio literario español en México. Una cuestión similar en cuanto a tema la acomete, en esta ocasión desde el punto de vista artístico, M^a Luisa Bellido Gant (U. de Granada), quien analiza la importante publicación dedicada al arte español que ciertos exiliados gallegos llevaron a cabo en Buenos Aires.

Y a este exilio siguió una nueva emigración económica, que dio continuidad al proceso masivo de la etapa 1870-1930 interrumpido por la primera crisis del capitalismo mundial, conocida como segunda oleada en la que, por sus características, las mujeres y los niños adquirieron un nuevo protagonismo, tal y como subraya el aporte del geógrafo Julio Hernández Borge (U. de Santiago de Compostela). Finalmente, la contribución de Patricia Calvo González (U. de Santiago de Compostela), que cierra el presente volumen, bosqueja en el testimonio vivo de un periodista español que vivió en primera línea los acontecimientos cubanos de 1959 que impactarían la historia de un mundo dividido por la política de bloques y de una América Latina en la que, a partir de entonces, se inaugurarían importantes transformaciones cuyos efectos se perciben aún en la actualidad.

Finalmente, a los coordinadores, solo nos resta agradecer todas y cada una de las valiosas contribuciones que conforman este volumen de *Semata*, así como la paciencia de Ana María Conde Portela en la cuidadosa revisión de los textos.